

Madeleine Albright

En su primer viaje al extranjero, la secretaria de Estado de EE UU ha resaltado el protagonismo que tendrá Asia en el siglo XXI

JAVIER VALENZUELA

Acaba de dar la vuelta al mundo en 11 días, y las etapas de su primer viaje al extranjero como jefa de la diplomacia norteamericana —Italia, Alemania, Francia, Bélgica, Reino Unido, Rusia, Corea del Sur, Japón y China— han indicado cuáles considera que son los principales socios y/o quebraderos de cabeza de Estados Unidos en el mundo.

A Madeleine Albright, nada de lo humano le es ajeno, pero, puestos a escoger, como hay que hacer cuando se viaja, lo que más le preocupa es Europa y Asia. Europa, porque, siendo tan norteamericana como para tocarse con frecuencia con un sombrero Stetson comprado en Texas, nunca ha dejado de ser una hija del Viejo Continente; Asia, porque está convencida de que ahí van a ocurrir muchas de las grandes cosas, las buenas y las malas, del siglo XXI.

En esa gira, Albright ha ido pregonando el siguiente mensaje: "Ya se habrán ustedes dado cuenta de que no soy Warren Christopher". No se trata de una obviedad, sino de toda una definición política, y como tal la han entendido sus interlocutores. Quizá no haya con Albright grandes cambios de fondo en la acción exterior norteamericana, pero, sin duda, ésta va a ser más sonora y más contundente.

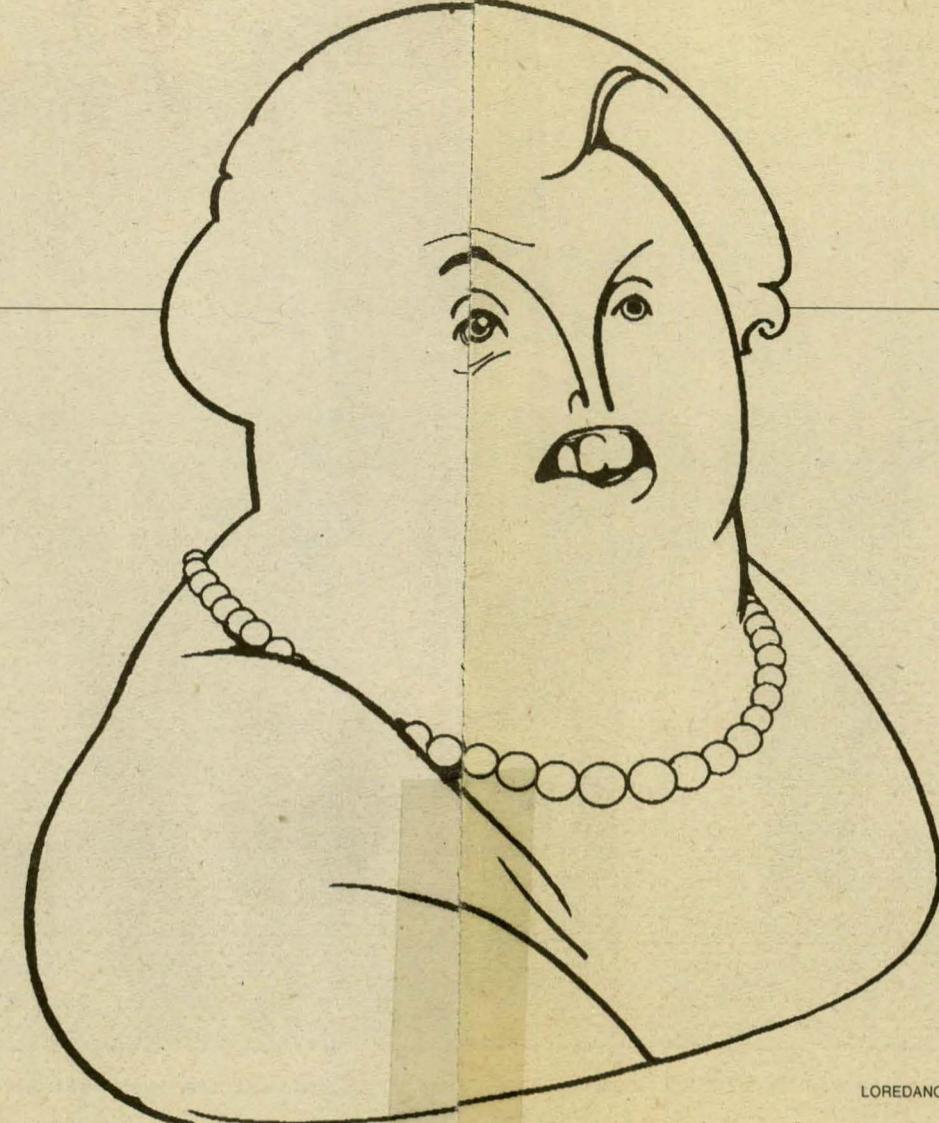
Siete diferencias

Las diferencias de Albright con Christopher pueden resumirse en siete:

Uno. Albright es mujer, la primera que ocupa la Secretaría de Estado y la que más lejos ha llegado en la jerarquía política norteamericana.

Dos. Albright tiene sentido del humor: siendo embajadora en la ONU, bailó *Macarena* con un delegado africano en pleno Consejo de Seguridad.

Tres. Albright cree que sus compatriotas son capaces de entender la importancia de la acción internacional si se les explica con pedagogía. "El éxito o fracaso de la política exterior norteamericana será un factor determinante en la calidad de



nuestras vidas", dijo en Houston al poco de asumir el cargo.

Cuatro. Albright no tiene pelos en la lengua. Ella es la que, en enero de 1996, cuando el régimen castrista derribó dos aviones de la oposición de Miami, dijo aquello de: "Francamente, esto no es cojones (en castellano en el original), esto es cobardía".

Cinco. Albright habla idiomas: inglés, francés, checo, ruso y polaco.

Seis. Albright es mucho más dura. Ella sola, contra la opinión del resto del mundo, fulminó a Butros Butros-Gali.

Siete. Y, por último, Albright cree que EE UU debe ejercer sin complejos el liderazgo mundial que le otorga su condición de única superpotencia.

En la etapa final de su gira visitó a los soldados norteamericanos emplazados en la línea de demarcación con Corea del Norte y les contó que, siendo niña y viviendo en el Londres sometido a los bombardeos nazis, escuchó por primera vez cómo la gente pronunciaba con alborozo la frase: "Vienen los yanquis". "Esa fue", apostilló, "la primera vez que me enamoré de los norteamericanos en uniforme".

Nacida en Praga en mayo de 1937, Albright creía hasta hace unas semanas que era la hija de una familia de gentiles checos de vieja raigambre católica. Pero una investigación de *The Washington Post* le descubrió lo que, en un afán por protegerla, sus padres, Joseph y Mandula Korbel, le ocultaron hasta sus muertes: que el

suyo fue un hogar judío, la mayoría de cuyos miembros fueron brutalmente exterminados por los nazis.

Ese descubrimiento no ha hecho sino reforzar el odio a los totalitarismos que le habían inculcado sus padres. Creció en el rechazo de la capitulación en Múnich de las democracias europeas frente a Hitler, y cree que los soldados deben ser utilizados en la escena mundial cuando algún energúmeno pone en peligro la paz y la libertad, del mismo modo que los policías deben intervenir a nivel local cuando un enmascarado atraca un banco. Partidaria desde el primer momento de la intervención en Bosnia para detener la agresión serbia, Albright le espetó en 1993 al general Colin Powell: "¿Qué sentido tiene contar con este magnífico Ejército, del que siempre nos estamos orgullecido, si luego no lo podemos utilizar?"

Ahora, como acaba de reiterarle en Moscú a Borís Yeltsin, no piensa dar marcha atrás en la promesa electoral de Clinton de que la OTAN se ampliará este mismo año en dirección a la Europa central y oriental, incluyendo, por supuesto, la República Checa. Como ha dicho a este corresponsal una fuente del Departamento de Estado, "Yeltsin tiene unos meses para vender positivamente esa ampliación a sus compatriotas, y nosotros estamos dispuestos a darle algunas ideas".

Convertido al catolicismo desde su judaísmo original para poder ejercer sin problemas su carrera de diplomática, Jo-

seph Korbel se consideraba ante todo patriota y un demócrata checo. En 1938, al poco de la invasión nazi de Checoslovaquia, tuvo que exiliarse por primera vez. La familia Korbel pasó en Londres la Segunda Guerra Mundial, regresó a Praga al término del conflicto, y en 1948, cuando los comunistas checos se hicieron con el poder, hizieron de nuevo las maletas, esta vez en dirección a EE UU. Joseph Korbel encontró trabajo de profesor en Denver y comenzó su hija su apasionante aventura norteamericana.

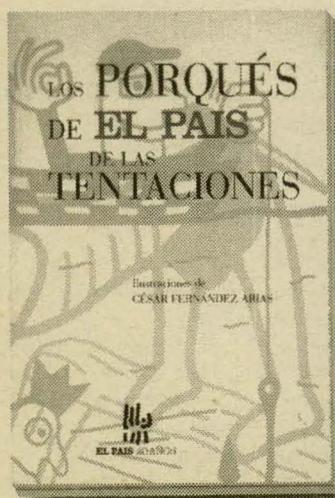
Nacida María Jana Korbel, la secretaria de Estado adoptó el nombre Madeleine a los 10 años, cuando vivió durante una temporada en Suiza, y su actual apellido, Alldredge, al casarse, en 1959, con el norteamericano Joseph Albright, propietario de un periódico, con el que tendría tres hijos. Fue uno de los episodios más duros de su vida poco fácil.

Bestias negras

"Gran parte de lo que he hecho ha sido porque siempre he querido ser como mi padre", declaró Albright recientemente en el semanario *Time*. Si las bestias negras de Joseph Korbel fueron Hitler y Stalin, de su hija son el iraquí Sadam Husein, el serbobosnio Radovan Karadzic y el cubano Fidel Castro. Consciente de la simpatía que este último todavía disfruta en países europeos y latinoamericanos, Albright declaró hace pocas semanas: "Es un error tener una visión romántica de Castro; es un dictador". Pero, en una muestra de que el pragmatismo puede llegar a atemperar sus convicciones, distinguía entre la Cuba castrista y la China comunista. Mientras que a la primera niega el pan y la sal, la segunda le pide a un interlocutor imprescindible de EE UU, "China", suele decir, "es una superpotencia y está lejos; Cuba es una vergüenza en nuestro propio hemisferio occidental".

Bill Clinton ha encomendado a Madeleine Albright la tarea de aplicar la doctrina exterior que el presidente ha terminado por encontrar y que expresa en la fórmula: "La nación indispensable del mundo", "Estados Unidos", dijo Clinton el pasado 15 de noviembre, "no puede ni debe resolver todos los problemas del mundo, pero cuando nuestros intereses están claros, nuestros valores en juego, allí donde podemos cambiar las cosas, debemos actuar y debemos liderar". Eso mismo piensa la estrella naciente de la diplomacia internacional.

En este LIBRO cada porqué tiene la RESPUESTA más extravagante.



Todos los porqués recogidos en EL PAÍS de las Tentaciones desde 1993 están en este libro. Las preguntas más inquietantes para los lectores más ingeniosos.

EL PAÍS 20 AÑOS
1976-1996

¡Aprenda un idioma con el N° 1!

Cursos de Idiomas en el Extranjero

La organización líder mundial en cursos de idiomas, con más de 30 años de experiencia, le ofrece la más amplia gama de cursos:

● **Año Escolar en el Extranjero**
(BUP y COU, 15-18 años)

Teléfono gratuito: 900 25 35 35

● **Cursos de Verano (10-20 años)**

Teléfono gratuito: 900 30 30 40

● **Cursos para Adultos y Universitarios**
Teléfono gratuito: 900 12 12 13

Madrid: Serrano 53, 1º

Barcelona: Francesc Pérez Cabrer, 19, 1º

Bilbao: Alameda de Urquiza, 62, 1º



Desearía recibir información gratuita sobre los siguientes cursos de EF:

Nombre y Apellidos:

Dirección:

Ciudad y Código Postal:

Teléfono:

Año Escolar (BUP y COU)

Cursos de Verano

Cursos para Adultos y Universitarios

PAÍS

LLAME POR TELÉFONO O ENVIE ESTE CUPO



LUIS MAGAN

Apolinar Rodríguez, Nicolás Redondo, Emilio Castro y José María Zufiaur, dirigentes de UGT, salen del Ministerio de Economía el 17 de febrero de 1991.

gran comunicador y un político con una capacidad de liderazgo poco común, un hombre muy cauto. Su lectura de la historia de España en este siglo le llevó a pensar que las escasas oportunidades que tuvo la izquierda de aprovechar sus períodos de Gobierno para imponer en el país una cultura de solidaridad y tolerancia democrática se echaron a perder por su infravaloración de las exigencias de una gestión económica sana y su incapacidad para hacer frente a la responsabilidad del orden público.

Por estas mismas razones consideró el periodo socialista como una etapa especial en la historia de España que tendría que demostrar, sobre todo, que una izquierda desprovista de ataúdios utópicos podía ayudar a consolidar la democracia mediante el ejercicio de la alternancia del poder sin que nadie se sintiera amenazado o excluido de la vida política y social. Eso significaba que si entraban en conflicto la armonía social o lo que podía interpretarse como intereses generales con las preferencias estratégicas y los intereses o visiones propios del partido socialista, eran, en general, estos últimos los que debían ser sacrificados.

Por inclinación y confianza en su capacidad de liderazgo, por otro lado, González parecía creer que eran más tolerables y, al mismo tiempo, preferibles los conflictos internos en la familia socialista, aunque pusieran en peligro la estabilidad y el respaldo político del Gobierno, que los conflictos en la propia sociedad española o el sentimiento de frustración que pudiera producir un Gobierno sectario. Por lo demás, él era capaz de vivir en medio de estos conflictos internos con una actitud tolerante y no autoritaria, lo que no quiere decir que no pusiera el peso de su liderazgo o de su autoridad moral en los debates internos cuando lo considerara necesario o que no tuviera relaciones de enfrentamiento con distintos líderes del partido socialista o del sindicato. Simplemente apunto que no sentía la necesidad de anatematizar a nadie en el curso

de estos debates internos ni de azuzar al partido contra los que disentían de él (bien es verdad que de esto, según su peculiar interpretación, no siempre coincidente con la de Felipe González, se encargaba Alfonso Guerra, unas veces con la complacencia de aquél, muchas más ante una errónea actitud de indiferencia o frío cálculo de González y algunas con la oposición del secretario general del partido).

La disposición y actitud de Nicolás Redondo ante estas cuestiones era prácticamente la opuesta. Donde, en el caso de González, destacaba la seguridad y confianza en sí mismo, en el caso de Redondo brillaba su inseguridad personal y su desconfianza hacia todo el mundo. Si González, quizás por eso mismo, no hacía alarde de autoritarismo, Redondo no podía concebir el ejercicio del liderazgo sin el uso de una autoridad con frecuencia brutal que pretendía extender a todo el mundo: desde un secretario provincial de la UGT a un ministro de la nación. Si González era capaz (en el caso de que los tuviera) de superar sus rencores personales en los debates internos, eran proverbiales los odios africanos de Redondo (particularmente el que fue incubando contra el propio González).

Sin embargo, no eran estas diferencias de carácter, a pesar de su importancia, las principales responsables del desacuerdo entre el Gobierno y la UGT. Lo que estaba en juego era una visión del papel de la izquierda anclada en la tradición y en la historia frente a una visión mucho más moderna. Nicolás Redondo en el sindicato y Alfonso Guerra (con mayores matices) en el partido eran los representantes de aquella tradición. Basado en una visión dialéctica un tanto simple, el papel de la izquierda en el Gobierno, según dicha tradición, consistía en hacer avanzar los derechos de los

trabajadores y la protección social de los más débiles sin tomar en consideración los problemas de los equilibrios económicos y financieros o los efectos secundarios y no deseables de algunas políticas de esta naturaleza. Era a la derecha a la que correspondía, en todo caso, criticar estas posiciones de "izquierda" o corregirlas desde el poder cuando llegara. En ese sentido, cualquier política de racionalización económica que no fuera criticada por la derecha era sospechosa.

Se quiera o no, esta visión dialéctica se sobrepone hasta

conciliar estos puntos de vista estratégicos con la necesidad política de mantenerse en el poder para hacerlos efectivos—y el sindicato de clase, es evidente que los de este último representan una posición ética y políticamente superior a las del primero.

A los pocos meses de Gobierno socialista, Redondo estaba convencido de que el curso de acción elegido por González no respondía en absoluto a estas pautas estratégicas. Las líneas generales de la política económica e industrial, los programas de racionalización de pensiones que

ya estaban en estudio y lo que él consideraba como escaso énfasis obrero en la tarea de gobierno le pusieron en guardia. Por un lado, consideraba que ello podía derivarse de la insuficiente presencia de líderes de UGT en el Gobierno y en la Administración. Por otro, temeroso de perder a sus mejores colaboradores o de que éstos se contami-

naran con el ejercicio del poder, no sentía el más mínimo entusiasmo por cederlos para otras labores más políticas. Fiel a su visión del mundo, parecía pensar que los responsables políticos y de la Administración tendrían que seguir sus sugerencias y las del sindicato sin que fuera precisa la presencia entre ellos de dirigentes sindicalistas. La experiencia acumulada en los primeros años de Gobierno parecía, por otro lado, apuntalar su enorme desconfianza: los sindicalistas que pasaban a ejercer responsabilidades de gobierno pronto tomaban las posiciones más templadas de éste. Por el contrario, los que se mantenían en el núcleo de la dirección del sindicato, en su cúpula federal, parecían

—con algunas cada vez más denostadas excepciones— más críticos con el desviacionismo gubernamental.

La cuestión, sin embargo, no era de derechas ni de izquierdas, sino de quién mandaba. Mandaban el partido y el sindicato im-

poniendo sus criterios a partir de su concepción dialéctica o mandaban el partido y el Gobierno trazando este último, en función de los objetivos de la gobernanza, la estrategia del partido con la posibilidad, siempre presente, de que en un momento determinado el partido la rechazara y se produjera una crisis política.

En ningún momento hasta 1990-1991, con la salida de Alfonso Guerra del Gobierno, se planteó tal posibilidad con visos de verosimilitud. La militancia del partido socialista poco a poco, no sin dificultades y desgarras internas, fue abandonando la visión tradicional de un partido de izquierdas en el poder y sensibilizándose a la responsabilidad de un Gobierno para todos. Aunque el enfrentamiento entre el Gobierno y la UGT esenció este drama moral de muchos militantes y votantes socialistas, la mayoría fue capaz de vivirlo como una crisis inevitable de maduración de la que todavía no se han sacado todas las consecuencias. Cuando algunos dirigentes guerristas del partido socialista trataron de desenterrar en la práctica el debate entre quién tenía la hegemonía estratégica (el Gobierno o el partido), después de la salida del Gobierno de Alfonso Guerra, tenían ya la batalla perdida aunque es cierto que para demostrarlo le fue preciso a Felipe González plantear la lucha en el seno del propio partido abanderando un supuesto bando renovador.

Respecto a la segunda cuestión, el papel de los sindicatos, en general, en ausencia de una oposición parlamentaria suficiente, es preciso matizar lo que esto representó en la segunda mitad de los años ochenta.

No pretendo decir que la oposición no cumpliera su papel crítico respecto del Gobierno de la nación. Lo que pasaba es que, dada la mayoría parlamentaria del PSOE, las posibilidades de torcer en el Parlamento el rumbo de la política gubernamental eran muy reducidas. Por aquella época, además, el Partido Popular estaba en plena crisis, con cambios en la dirección del mismo y una ausencia de credibilidad como alternativa de Gobierno a la que también contribuía el dato generalmente estimado de que tenía un techo electoral entre el 25% y el 30% del voto, que parecía incapaz de sobreponerse.

En una sociedad libre y democrática la oposición es, desde el punto de vista de su funcionamiento, tan necesaria como el Gobierno. Utilizo el término "necesidad" no en su acepción moral, sino en su acepción positiva. Si no existe una oposición suficiente en el arco parlamentario, la sociedad libre llenará este hueco generando la oposición al Gobierno en otro lugar. En el caso de España, durante la segunda mitad de los años ochenta la insuficiencia de la oposición parlamentaria se supplementó por la oposición sindical. Los periódicos de la época reflejan este aserto cuando se compara en las crónicas políticas la relevancia política de los líderes sindicales frente a la de los líderes parlamentarios de la oposición.

Esta situación un tanto extraña fue cambiando, poco a poco, conforme a partir de 1990 se fue asentando en la opinión pública la idea del Partido Popular como alternativa de Gobierno, hasta desaparecer totalmente después de 1992.

"Si no existe una oposición suficiente en el arco parlamentario, la sociedad libre llenará este hueco generando la oposición al Gobierno en otro lugar"

prácticamente difuminarla sobre una visión de gobernanza en armonía. No necesariamente porque se sobrepongan los límites legales de un Estado de derecho, sino porque gradualmente va excluyendo a muchos ciudadanos y a sus legítimos intereses del juego político o limitando significativamente su capacidad de influir en el debate nacional.

Coherentemente con esta visión del mundo, el papel del Gobierno de la nación, el del grupo de representación parlamentaria o el del poder ejercido en corporaciones locales o comunidades autónomas son los de meras herramientas del movimiento político de izquierdas encarnado en el partido y el sindicato. Es desde aquí desde donde se dicta la política que en cada institución debe llevarse a cabo y es en función de sus objetivos estratégicos últimos (los del partido y los del sindicato, que no deberían entrar en conflicto) como debe aquella configurarse. En caso de conflicto entre el partido —que debe